

327

MARÍA LUISA BEMBERG:

"Me Gustaría Tener 44 Películas Detrás Mío en Vez de Cuatro"

★ A pesar de ser tan vecinos, María Luisa Bemberg sólo había estado en Chile una vez hace 20 años ("los latinoamericanos hacemos las maletas para viajar a Europa o Estados Unidos solamente"). Pero sus películas le sirvieron de carta de presentación. Al margen de que "Camila" y "Misa Mary" consiguieron varios premios internacionales y lograron entrar al esquivo mercado norteamericano, nos llegaron especialmente por su temática inteligente y tan nuestra. Sin embargo, más atractiva que su producción es la propia realizadora argentina.

—¿Cómo llega una persona, en tan pocos años, desde la más total ignorancia a ser la directora de cine más destacada de Latinoamérica?

—Supongo que lo llevaba adentro desde muy niña, como una vocación persistente que nunca llevé a la conciencia, que nunca me permití. Hice la vida tradicional de una señora insertada en la convencional sociedad porteña. Yo tenía desde muy niña un enorme amor al teatro y hubiera querido ser actriz, pero lo planté cuando tenía 10-12 años y, por supuesto, encontré la total reprobación de mis padres. Ellos me dijeron que, si quería ser actriz, me iba de la casa y no la volvía a pisar. Y ahí me faltó el coraje de decir "chao". En vez de lo cual me quedé en el molde e hice la vida que se esperaba de mí y para la cual había sido educada. Pero llegó un momento en que me di cuenta que esa vida no me servía, que todo lo que me habían enseñado no respondía a una verdad interior y empecé a desaprender lo que se me había inculcado.

—Empecé a pensar por mí misma, a meditar en un grupo de mujeres, con las cuales descubrí las mismas frustraciones y las mismas inquietudes, las mismas broncas. Eso me ayudó muchísimo para descubrir una solidaridad más allá de las edades, las clases sociales, las ideologías, los gustos personales. Era como una especie de línea común que hacía que nos apoyáramos unas en las otras para ayudarnos a crecer. Y crecí con ese grupo. Fue una experiencia breve, pero intensa y muy útil. Lamento que, después, esos grupos hayan desaparecido.

—¿Era un movimiento político?

—No, era netamente feminista. Muchas de esas mujeres militaban políticamente en distintos partidos, pero nadie intervenía con ideologías. El común denominador era ser mujer. Todas con los mismos conflictos y las contradicciones propias de una mujer educada en una sociedad muy machista, como es la Argentina. Eso me ayudó. A partir de ahí tomé la decisión de que las ideas hay que vivirlas, como dice Malraux, y empecé a escribir. Cada vez hay mayor conciencia de que en el mundo, y bajo cualquier sistema, tanto de derecha como de izquierda, de este u oeste, la mujer está postergada. Y, fundamentalmente, en lo político.

—¿Ha tomado eso como una bandera, para denunciar a través de su actividad?

—Absolutamente sí.

—Todos los personajes de sus películas son femeninos. ¿Cómo elige las mujeres que lleva al cine?

—A mí me sorprende siempre cuando me hacen esa pregunta. ¿Acaso a un director hombre se le dice "usted hace siempre películas con varones"? Se supone que lo universal es lo masculino y que lo femenino es lo subalterno. Pero es igualmente universal la mujer que el varón, somos la otra mitad de la humanidad. Y, de igual manera que un varón se expresa mejor a través de un personaje masculino, yo —siendo mujer— me expreso mejor con personajes femeninos. Es la otra cara de la moneda.

—¿Ellas han llegado en forma inconsciente o usted ha buscado mujeres interesantes de mostrar?

—No, no, todo es buscado. Yo tengo como un compromiso moral de proponer a la platea —y no solamente femenina, sino también a la masculina— imágenes, proyectores de mujeres, que no sean esas

aberraciones que se suelen encontrar especialmente en el cine masculino latinoamericano, y muy especialmente en el argentino, donde los personajes femeninos son inexistentes o son clichés que no tienen nada que ver con lo que somos las mujeres en la realidad. Mi propuesta es mostrar mujeres de carne y hueso, con todas las contradicciones y los conflictos que tiene un ser humano. Pero, a partir de una mujer, en vez de un hombre. Quiero mostrarlas tal cual son. Fundamentalmente mujeres que se padecen pasivamente su destino, sino que intentan cambiarlo. Y que se juegan, que son audaces, valientes, honestas consigo mismas, que se atreven. Todas mis protagonistas son mujeres que, de alguna manera, se salen del molde.

—Usted dice que llegó tarde al cine. Lo hizo tarde pero con furia y, seguramente, ha hecho cosas que de otra manera no hubiera logrado.

—Puede ser, pero nada pasa en vano. Creo que es absolutamente idiota quejarse de lo que no pasó. Hay que seguir adelante. Y, seguramente, algunas cosas buenas han quedado de esa vida tradicional en la cual estuve enartada durante tantos años. Mis circunstancias son éstas y hay que manejarse con lo que uno tiene. Me gustaría pensar que, en vez de tener cuatro películas detrás mío, hubiera 44. Pero no sirve para nada lamentarse. Creo que es totalmente negativo como forma de ser. Simplemente me gusta decir que empecé tarde porque pienso que, de alguna manera, eso puede reconciliar a otras personas, de ambos sexos por cierto. Pienso que nunca es tarde para empezar. Que uno es tan joven como sus sueños. Aquí estoy y me siento mucho más joven ahora que cuando tenía 40 años.

—Se ha propuesto la meta de hacer una película por año?

—No podría hacerlo porque tardaría muchísimo. Pero sí me gustaría una película cada dos años y eso es lo que he hecho aproximadamente.

—¿Canaliza su frustración de no haber sido actriz dirigiendo a los actores?

—Supongo que sí. Aunque nunca hay que dar el tono a los actores. Nunca hay que tratar que lo imiten a uno, sino que el tono salga de su propia virtud. Pero muchas veces, cuando yo no sé cómo hacer una escena, me pongo en situación y actúo tal como lo haría yo de ser el personaje.

—¿Usted es tan suave y tan dulce dirigiendo como conversando?

—Es que yo no creo para nada en los gritos. Pienso que la autoridad se da de una manera mucho más sutil, fundamentalmente convenciendo a la gente. No creo para nada en el autoritarismo. Creo en el respeto mutuo, en el diálogo y en la confianza. La única persona que tiene la película en su totalidad en la cabeza es el director. Este es un trabajo muy solitario y necesito dialogar con los especialistas en cada caso. Y el equipo sabe perfectamente cuándo el director tiene las cosas claras, cuándo sabe muy bien lo que quiere contar. De esa manera no encuentro más que respeto, afecto, apoyo, cariño. Sería imposible que hiciera todo yo sola, necesito de un equipo. Yo siempre digo que si una película sale bien es gracias a un trabajo de equipo y si sale mal es por culpa mía... porque yo pedí y me dieron, pero yo no supe usar bien los elementos.

—El hecho de que "Camila" hubiera sido nominada para el Oscar, ¿no significó un peso enorme al enfrentar la nueva película?

—No, más bien fue una ayuda. Eso a mí no me afecta. No es algo que me proponga conscientemente, sino que me surge. Es así. Yo sabía que había una expectativa muy grande, pero eso forma parte del oficio. ¿Quién me manda meterme en cine? Es duro, competitivo. Uno parece un San Sebastián para que le metan flechas por todos lados. Todo es parte de mi trabajo y estoy preparada igual para no naufragar si la película es desastrosa o si sale maravillosa, tiene premios y el consenso internacional".

Rosario Larraín.



"Cuando estoy preparando una película, me concentro mucho en mi trabajo. No me interesa salir ni viajar. Estoy como hibernando... empollando".